

puertos é islas del Mediterráneo y del Adriático por los ingleses. Se pasaron en silencio, comprendiendo la imposibilidad de entenderse acerca de ellas, cuestiones importantísimas, como las relativas al derecho marítimo de los neutrales, al Piamonte, á Génova y á Toscana. Por esta causa, los preliminares de Londres, celebrados con tanto alborozo en los dos países, eran más bien una suspensión de armas que un arreglo precursor de la paz definitiva, y aun así, había sido preciso, para obtener el consentimiento de la Gran Bretaña, que Pitt se colocara resueltamente al lado de los amigos de la paz, asociándose á Hawkesbury, primero como auxiliar y muy pronto como director.

Al día siguiente, llegó la noticia de la capitulación de Alejandría, ocurrida el treinta de Agosto. «Ha sido una fortuna no haberlo sabido antes, dijo Hawkesbury, porque entonces habríamos tenido que pedir más.» El primer Cónsul, tranquilo ya en cuanto á Inglaterra, no paró hasta ajustar paces con Turquía, Baviera, Portugal, que debió satisfacer en concepto de indemnización, no quince millones, sino veinticinco, y por último, con Rusia: realmente, el estado de guerra con esta potencia había cesado desde hacía mucho tiempo. De igual modo que en los preliminares de Londres, en el tratado franco-ruso se omitió hablar de algunos puntos espinosos, como el concerniente á la restauración del rey de Cerdeña, y otros se tocaron á la ligera: pero se declaró que las dos naciones obrarían de acuerdo para establecer en Alemania una división territorial que respetara el equilibrio europeo, prometiendo Francia, en particular, hacer cuanto pudiese en obsequio de Baviera, Wurtemberg y Baden. Mediante esta cláusula, favorable á los amigos de Rusia, Bonaparte se aseguraba de antemano el concurso del Czar en los vastos designios que tenía acerca de la futura constitución germánica, á saber: convertir á Alemania en mera expresión geográfica, organizándola bajo la forma de un conjunto de Estados independientes, en que Prusia y Austria, favorecidas en desigual proporción en el reparto para que sus fuerzas se equilibrasen y su rivalidad se perpetuara, fueran empujadas, la primera al norte y la segunda al sud, hacia el oriente, mientras en el oeste se les oponía un grupo de territorios de distinta extensión, ninguno tan pequeño que no se bastase á sí mismo, ni tan grande que pudiera prescindir de la protección de Francia contra aquellas dos potencias, si se intentaba alguna vez resucitar el Imperio. Claro es que todo esto requería tiempo, y que, al ser realizado, habría de alterarse en porción de detalles; mas la disolución del Santo Imperio Romano, que era el eje del plan, revestía el carácter de hecho inconcuso desde que se firmó el tratado entre Francia y Rusia. Reducida Austria á la impotencia, asociadas Prusia y Rusia á las miras de Bonaparte, retraída Inglaterra, las victorias de las armas francesas habían decidido de la suerte de Alemania. La revolución proseguía su triunfante marcha é iba á hundir en el abismo los últimos vestigios de la Edad Media, que sobrenadaban en Europa en medio del general naufragio.



CAPÍTULO TERCERO

El Consulado por vida.

MIENTRAS el nombre de Bonaparte era repetido por los ecos de la fama de un confín á otro de la tierra, en Francia caminaban rápidamente á su total desaparición las instituciones republicanas.

Próximo el catorce de Julio cuando regresó á París, después de su última y afortunadísima campaña, el primer Cónsul, quiso éste que se celebrase con la mayor solemnidad el aniversario de la toma de la Bastilla. En su virtud, verificóse dicho día la imponente ceremonia de recibir en los Inválidos las banderas cogidas al enemigo, presentándose á continuación en el Campo de Marte los trofeos de la guerra de Italia á las tropas tendidas en orden de batalla y á la multitud, que se agolpaba para contemplar al vencedor de Marengo. Reinó en estos actos un entusiasmo indescriptible, y por la tarde hubo un gran banquete, brindando Bonaparte á los postres por el pueblo soberano. Es bien seguro, sin embargo, que el héroe del día, al dar tanto brillo á la fiesta, se propuso menos demostrar sus simpatías por la obra revolucionaria que tener ocasión de ofrecerse en espectáculo á las muchedumbres, para lograr una especie de apoteosis, que obtuvo efectivamente; y también quizá le impulsase á obrar de tal manera su deseo de desvanecer las esperanzas que en él seguían fundando no pocos legitimistas.

Porque no se imaginaban estos que el hijo de un modesto golilla de Ayaccio pensase en escalar el poder supremo, y observando cómo destruía ó alteraba los principios de la revolución, creían fácil inclinarle á restaurar el trono de los Borbones, no obstante haber